

EL PARTIDO ACCIÓN NACIONAL HACIA 2012

■ Felipe Vicencio Álvarez* ■

El Partido Acción Nacional (PAN) atraviesa por un tiempo crucial. Las decisiones que tome en los próximos meses habrán determinado, en gran medida, su futuro, sobre todo a partir del resultado del proceso electoral del próximo 1 de julio. Está en juego la continuidad del ejercicio del gobierno federal, la consolidación de una presencia determinante en el Congreso, el refrendo en gubernaturas y cientos de alcaldías. Pero sobre todo, está en juego la continuidad de un proceso de cambio de régimen que comenzó con la alternancia del año 2000 y que podría interrumpirse. Nadie podría regatear al PAN su aportación a la vida pública de México como determinante para que estos cambios hayan comenzado. Sin pretender que haya

* Es licenciado en Filosofía por la UNIVA. Ha sido diputado federal y senador por Jalisco por Acción Nacional, miembro del Consejo Nacional de su partido y de su Comité Directivo en Jalisco. Actualmente, es delegado de la Sedesol en el estado. Imparte la materia de Derecho de la Comunicación en el ITESO y colabora para *La Jornada Jalisco*.

sido el único actor, sí es de justicia reconocer que, sin su participación, difícilmente se hubiera logrado llegar hasta donde nos encontramos. En los últimos 11 años el país ha podido avanzar creando y consolidando instituciones que dan sustancia a un régimen cualitativamente superior, más democrático, entre otros factores, gracias al decidido impulso que ha puesto Acción Nacional en este empeño. Sin embargo, reconocer su indudable mérito no implica que se pase por alto el conjunto de aspectos que también ha impedido un mayor alcance en este esfuerzo o que incluso ha desvirtuado su naturaleza como partido. La perspectiva de la próxima elección federal es un encuadre útil para considerar algunos aspectos que representan un desafío para el PAN y en los que va de por medio mucho más que la misma viabilidad de este instituto político.

1. Una dialéctica no resuelta

El partido afronta este reto en un tiempo en que todavía no termina de asumir su nueva condición de “detentador de poder real”, según expresión de Soledad Loaeza. En su indispensable obra de referencia, *Acción Nacional, la larga marcha*, la investigadora propone leer la historia del PAN en clave del conflicto, que ella identifica presente a lo largo de todos los años de su existencia, entre un enfoque práctico, orientado francamente a la acción política y el otro ocupado del sustento moral del partido. Según Loaeza, esta dualidad es genética en la medida en que la personifican los dos principales responsables de la fundación de Acción Nacional: Manuel Gómez Morin y Efraín González Luna. El primero, un liberal abiertamente volcado a la práctica política, con una trayectoria en diversos puestos del servicio público, cuya capacidad técnica y estatura política eran reconocidas por propios y extraños. El segundo, un católico de profunda formación humanista y de intensa vida religiosa, de indiscutible autoridad moral y reconocimiento social a toda prueba.

Esta caracterización de los fundadores del PAN ha sido oportunamente puesta en cuestión por el doctor Jorge Alonso, quien sostiene con razón que la interacción entre ambos personajes a lo largo de su vida, durante la que forjaron una estrecha y fructífera amistad, los fue transformando hasta el punto en que las virtudes que se pretenden de uno de ellos las llegó a adquirir el otro. Así, el análisis de Loaeza provendría de un enfoque elemental, que simplifica, y por ello deforma, el perfil real de ambos personajes. Sin embargo, más allá de esta puntualización, el análisis de la investigadora sigue siendo útil como una manera de entender lo que ha ocurrido con el partido al paso de los años.

Esta tensión se manifestó durante mucho tiempo en el seno de la organización, en la discusión sobre la pertinencia de participar o no en los procesos electorales. En consecutivas asambleas de toda una época, fue tema central que daba lugar a prolongados e intensos debates. Participar era la postura de quienes veían necesario que el partido se involucrara en la vida política del país, que asumiera su papel y ofreciera a la sociedad una opción para congregarse y actuar. En contraste, la postura abstencionista sostenía el riesgo de hacer el juego a un régimen autoritario e invitaba a valorar el significado de no participar, como un gesto simbólico de repudio en una contienda cuya conducción y previsible resultados eran manipulados sin recato por el gobierno en turno. Aunque con dificultades, por lo general, prevaleció la tendencia participacionista.

Pero la tensión entre los dos enfoques también se expresó, posteriormente, en la confrontación del punto de vista de los panistas antiguos, más referidos a los Principios de Doctrina, con el de una corriente de reciente ingreso, que introdujo en el PAN la visión práctica, la urgencia de las acciones eficaces, el enfoque de resultados. Esta tensión produjo serios conflictos que llevaron a dolorosas rupturas. La más grave fue, sin duda, la que resultó de la resolución de no presentar candidato a la Presidencia en las elecciones de 1976. Los dos precandidatos eran precisamente aban-

derados de las posiciones en pugna. Su postura irreductible provocó que el proceso se trabara con las consecuencias conocidas. Además de dejar que López Portillo hiciera, prácticamente, su campaña solo, un grupo de notables militantes “doctrinarios” del partido lo abandonaría poco después, convencidos de que el buque de Acción Nacional, de manera irremediable, escoraba y que naufragaría. Era el inicio de lo que se llegó a considerar la “colonización” del PAN por los grupos de perfil empresarial que poco después, a consecuencia de las medidas estatistas de López Portillo, se acercarían a él para luchar por la restitución de los derechos que consideraban conculcados.

Hoy en día, aparentemente, esta tensión ha disminuido y algunos suponen que se debe a la evidente e indisputable hegemonía de la visión pragmática. La postura doctrinaria es minoritaria y marginal. No se le pretende sofocar totalmente, porque ese perfil reducido e inofensivo resulta ser un complemento útil para legitimar las estrategias que decide la mayoría. En consecuencia, la variable pragmático-doctrinaria no es útil para caracterizar a los precandidatos a la Presidencia de la República. Ni Santiago Creel, ni Josefina Vázquez ni Ernesto Cordero, en primera instancia, podrían ser identificados con una u otra posición. Si se insistiera en tratar de adscribirlos a alguna de las dos corrientes, habría que decir que los tres, en mayor o menor grado, están lejos de una perspectiva doctrinal y cerca de la visión pragmática.

Pareciera que el eje de la disputa intrapartidista se ha desplazado. Desde hace tiempo, el PAN es dirigido con una clara orientación pragmática, sin mucha consideración real —aunque sí discursiva— por los valores que subyacen en su doctrina, con un distanciamiento evidente de consideraciones morales. Sin embargo, debajo de lo aparente, cruzando la superficie, se puede reconocer la tensión, la pugna de esas fuerzas que no se debilitan, las mismas corrientes de antaño que siguen colisionando. Más se agita este fondo en momentos como los que vive el partido, que

podrían caracterizarse como de un serio desajuste, que ya ha tenido sus consecuencias tangibles en las derrotas electorales acumuladas desde 2009 a la fecha, y la consistente caída en las preferencias electorales que reportan las encuestadoras.

2. Crisis de identidad

Antes que las dificultades electorales, el PAN atraviesa por una crisis de identidad, apurada por su acceso al poder y el abandono definitivo de su antiguo papel de “fuerza testimonial”, siguiendo la caracterización de la doctora Loaeza. El arribo gradual a diferentes responsabilidades de gobierno, señaladamente a partir de la década de los ochenta, cuando comenzó a cosechar triunfos importantes que le permitieron ocupar gubernaturas, fue transformándolo en una opción real de poder. Este proceso culminó en 2000 con el triunfo de Vicente Fox y la ruptura de la hegemonía priísta de más de 70 años. Esto trajo aparejado un tremendo desafío: había que demostrar, en el ejercicio de gobierno, aquello de lo que durante tanto tiempo se había hablado. Había que dismantelar lo que tantas veces se había denunciado y era necesario construir lo que se había propuesto por tanto tiempo. Sin embargo, la desafortunada combinación de un presidente pragmático y débil de carácter, por un lado, y un partido confundido e incapaz de asumir su nuevo papel con oportunidad y prestancia, por el otro, impidieron que esto ocurriera.

Poco a poco se fue consumiendo el “bono democrático” que constituyó el más valioso activo de los primeros años del sexenio de Vicente Fox, sin que se diera un cambio sustantivo en el perfil del régimen. En vez de hacerlos a un lado, el gobierno panista de la alternancia decidió conducir al país con el apoyo de los mismos grupos de interés que nacieron, crecieron y se fortalecieron al amparo del priísmo. Así, pactó con el sindicalismo más antidemocrático, con los grupos empresariales más voraces

y contrarios a cambios de fondo, con las mafias políticas de siempre. El argumento pragmático era que para derrotar al Partido Revolucionario Institucional (PRI) había que observar sus mismas reglas, porque eso garantizaba, además, la necesaria gobernabilidad que el país requería en un momento tan delicado como lo era la alternancia en la Presidencia de la República. Esta decisión de gobierno, avalada por el partido, tuvo graves consecuencias. No se pudieron remover los cimientos del antiguo régimen; por el contrario, recibieron nuevo impulso y acomodo con el nuevo gobierno. El corporativismo y la visión electorera fueron decididamente avalados por el gobierno panista. La visión patrimonialista de la política siguió encontrando espacio y se ensanchó.

En síntesis, el nuevo gobierno se mimetizó con el priísmo. Y con esta transformación se pulverizó el componente ético del partido y su gobierno. Al decidir replicar el modelo de régimen que había expresado el voto ciudadano mayoritariamente, pretendía que fuese sustituido, por lo que se generó primero desconcierto y después decepción en el electorado. La expresión común que mejor describe el resultado de esta decisión es una que cada vez se escucha más en la sociedad: “todos son iguales”, al referirse a los partidos. Acción Nacional dejó de transmitir una identidad clara que contrastara con la del resto de las fuerzas políticas.

De ahí la dificultad que presentan las próximas elecciones para el partido. Con una identidad diluida por sus opciones pragmáticas, el PAN no puede plantear creíblemente su oferta en términos de una alternativa al estilo priísta: democracia y honradez *vs.* autoritarismo y corrupción. Muy a su pesar, la disyuntiva que se ha colocado en la conciencia de los posibles votantes es la que ha establecido el PRI: experiencia y habilidad *vs.* improvisación y torpeza. La “cultura” priísta parece haber prevalecido aun en el gobierno de alternancia, y Acción Nacional tiene problemas serios para erradicarla. Por ejemplo, no se ha definido cabalmente un modelo de relación entre el presidente y el partido. En Acción Nacional

se han adoptado reflejos semejantes a los que antes se criticaron respecto al PRI. En el seno del partido hay una fuerte tendencia a esperar de “Los Pinos” la línea a seguir. De parte del gobierno habría que reconocer que el presidente Felipe Calderón asumió una postura de cierto respeto por la institución, lo que no significa que no intervenga y procure también hacer valer su fuerza en la vida interna del partido, capitalizando esta actitud partidista.

Un ejemplo claro de esta situación ambigua es el precandidato Ernesto Cordero. Con el evidente respaldo de amplios sectores del panismo integrados al gobierno federal, el exsecretario de Hacienda ha sido presentado como la opción que mejor representaría la continuidad del gobierno calderonista. Aunque personalmente el presidente ha evitado pronunciarse, el hecho de que la gente de su confianza esté respaldando este proyecto deja muy clara su preferencia, que se trata de imponer a contracorriente de las preferencias del electorado que, en general, se decantan mayoritariamente por la diputada Vázquez Mota. Si en la próxima elección interna el resultado no refleja esta tendencia tan definida y ratificada por diferentes encuestas, será más complicado para el PAN convocar al voto ciudadano. En esto, el presidente tiene un papel determinante, pues tendría que dejar de sostener a un precandidato que no ha podido crecer lo suficiente para colocarse en la delantera de la contienda interna.

En estas circunstancias, Acción Nacional no ha podido definir su papel ante el gobierno. Si bien es claro que sería un despropósito operar como un sistemático contrapeso de la autoridad, también lo sería el hecho de que se convirtiese en una mera caja de resonancia de la línea presidencial y se comportase —como lo fue durante décadas el PRI— como el brazo electoral del gobierno. La prevalencia del pragmatismo empuja al partido a adoptar esta segunda postura, pero afortunadamente para el PAN perduran mecanismos de defensa que, aun debilitados, lo han impe-

dido. El hecho mismo de que haya tres precandidatos a la Presidencia de la República es la expresión de esta resistencia. El partido está desarrollando una auténtica contienda interna que se está procesando sin rupturas, y el presidente ha tenido el acierto de no forzar la candidatura de sus preferencias.

3. Desafíos

El PAN necesita recuperar la tensión interna que representa la confrontación del enfoque práctico y el moral. Esta dialéctica nunca resuelta es, probablemente, su forma más genuina de ser y a la vez una fórmula eficaz para mantener el equilibrio entre la tendencia pragmática que procura la obtención de resultados a cualquier costo y la posición reflexiva que reivindica valores e ideales a distancia de la política real. Para ello es indispensable el restablecimiento de los referentes éticos que han sido desplazados por un pragmatismo que, arguyendo la necesidad de avanzar con resultados concretos, ha atrapado al gobierno y al partido en una situación paradójica: ni se han logrado los resultados esperados ni la sociedad percibe claramente que el actual gobierno y su partido sean una mejor opción.

Además, no podrá esperar buenos resultados en las próximas elecciones si no replantea un nuevo modelo de vinculación con la sociedad. Es necesario que recupere su vocación originaria de formar ciudadanos. Tendría que alejarse de la tentación pragmática que lo ha llevado a reproducir el *modus operandi* priísta, que parte de considerar a la ciudadanía como una masa indiferenciada que se puede cooptar con el recurso al corporativismo y al paternalismo. Mantener a una sociedad subdesarrollada políticamente es una necesidad para quien pretenda beneficiarse de su maleabilidad, porque es más fácil y eficaz lograr su respuesta a cambio de una simple dádiva. Sin embargo, ello implica una traición

a la vocación originaria de un partido que nació para formar ciudadanos y reivindicar su dignidad. Durante muchos años, desde la oposición, contribuyó de manera significativa a promover la transición de súbditos a ciudadanos, y ahora desde el gobierno tendría que refrendar esa vocación que ha descuidado.

También tiene frente a sí la necesidad de definir los términos de la necesaria cooperación partido-gobierno, lo mismo que los límites de la intervención del gobierno en la dinámica partidaria; en ambos casos, con un deslinde claro del antiguo modelo que lesiona la vida del partido y deforma la figura de la autoridad, para lograr una verdadera vinculación democrática que deje a salvo la identidad de ambos y permita la necesaria interacción en términos de mutuo respeto y eficaz articulación. En los años recientes, el PAN no siempre ha salido librado airoso en esta compleja relación. La propia fuerza que detenta el gobierno federal y la vulnerabilidad en que está el partido, a causa del proceso de redimensionamiento por el que atraviesa sin disponer de la estructura de soporte suficiente, ha ocasionado que, en no pocas veces, éste sea avasallado y disminuido indebidamente en una relación que tendría que establecerse en otros términos.

En lo inmediato, el PAN debe sortear el trance de la elección del candidato presidencial sin violentar el sentido común. El abanderado del partido no podría ser alguien que no tuviese suficiente aceptación en la sociedad. Frente a la figura de candidatos ya posicionados de parte del PRI y del Partido de la Revolución Democrática (PRD), Acción Nacional tiene la posibilidad de ofrecer una opción que sea bien recibida por amplios sectores sociales. Ése sería el único punto de partida aceptable para colocarse en una posición competitiva, que abra la posibilidad de construir condiciones de triunfo electoral. De no ser así, estaría comprometiendo seriamente el resultado de la elección próxima sin que siquiera hubiera comenzado la contienda.

Encarrilado el partido en esta dirección, todavía tendría que emprender una campaña presidencial extraordinaria, con una estrategia acertada para poder obtener la mayoría de los votos el próximo 1 de julio. Con dos sexenios de desgaste acumulado deberá convencer al electorado de que sigue siendo la mejor opción. La que vendrá será una contienda difícil. El candidato del PRI, hechura de Televisa, tiene una amplia ventaja construida desde la pantalla de televisión. Para reducir esta diferencia y revertirla, se requerirá toda la habilidad y una afortunada combinación de factores.

Se trata, en síntesis, de ir recuperando una identidad propia que haga de nuevo distinguible ante el electorado y que le dé sustancia al argumento de que votar por el PAN es optar por una manera diferente de hacer política, basada en el respeto a la persona, a la democracia misma.

4. Futuro incierto

No es claro el porvenir. Las condiciones actuales del partido no permiten asegurar que se emprendan las tareas necesarias para reorientar el rumbo y conjurar el riesgo del fracaso electoral. Muchas señales apuntan a que en el seno del PAN no ha calado un ejercicio serio de autocrítica que obligue a la rectificación. La urgencia de los resultados electorales se impone como prioridad y el resto de los asuntos se subordinan o postergan. Paradójicamente, en la medida en que se relega la urgente necesidad de reorientar al partido podría estarse perdiendo la competitividad que daría mejores resultados electorales. En algunos casos, los buenos resultados electorales han servido como argumento para no emprender cambios mayores, y se argumenta que si estamos logrando lo principal, que es el respaldo del ciudadano, ¿por qué habríamos de cambiar?. Lo que entonces se olvida es que el voto es apenas la expresión de la voluntad popular en un momento determinado, decisión motivada por muchos

factores, y que no puede interpretarse como un aval al proceder del partido ni como expresión de una preferencia estable y comprometida en favor el PAN. Los resultados de las pasadas elecciones federales de 2009 así lo demuestran y para quienes no eran conscientes de ello fueron un durísimo golpe a sus expectativas.

En el PAN, es necesario, de nueva cuenta, que se abran los espacios para que pueda volver a manifestarse claramente, no sólo de manera soterrada, la tensión entre los dos enfoques que han coexistido a lo largo de su historia. Y así como en sus orígenes Gómez Morin y González Luna pudieron enriquecerse mutuamente a través de su relación interpersonal, así en el presente el partido podría fortalecerse de manera significativa si apuesta por la acción eficaz pero animada, sin reservas, por los más altos valores éticos: la reivindicación de la dignidad de la persona como referente principal, el respeto a la verdad —con sus derivaciones de compromiso con la honradez, la transparencia, la rendición de cuentas— y la procuración del bien común como objetivo último de la acción de gobierno, entendido como la responsabilidad de generar las condiciones más favorables para que todos los integrantes de la sociedad nacional puedan desarrollarse plenamente.

La revitalización de esta tensión dialéctica ofrecería condiciones favorables para que un gobierno de extracción panista formulara políticas públicas que implicaran un claro deslinde del régimen priísta que se pretende sustituir. No cabrían acuerdos con las mafias sindicales que son un lastre para la democratización de México, ni subordinación al duopolio de la televisión en su estrategia de expansión de negocios, bajo el argumento de que se les requiere como aliados para poder sostenerse en el poder, y no habría tolerancia con la corrupción de los integrantes del gobierno ni intentos de solapar con el pretexto de evitar un mal mayor. Entonces, quizá habría la audacia de plantear políticas económicas que se hagan cargo de la condición precaria de la mitad de la población

nacional para que, efectivamente, puedan aspirar a ver un mejor horizonte. La muy meritoria y oportuna estrategia de lucha contra el crimen organizado que despliega el gobierno federal tendría, de esta manera, un soporte mayor que ofrecería mejores condiciones de éxito, no sólo porque propiciaría una recepción más favorable de una estrategia compleja y de ineludibles efectos sociales, sino porque modificaría variables determinantes que actualmente apuntalan y retroalimentan a la hidra del crimen dificultando su contención.

Siendo presidente del PAN, Luis H. Álvarez advirtió al panismo: “evitemos la tristeza de que a nosotros, que nunca nos derrotó la derrota, nos vaya a derrotar la victoria”. En su oportunidad como líder nacional, Felipe Calderón fue aún más claro al precisar un objetivo central: “ganar el gobierno, sin perder el partido”. Ambos expresaban la necesidad de vigilar que el ejercicio del poder no fuera, para el panismo, una experiencia de embriaguez que obnubilara el entendimiento y distrajera de lo fundamental: el destino. Querían subrayar que, para el PAN, el ejercicio del poder no es un fin en sí mismo, sino un medio para la consecución de bienes públicos específicos, los únicos que en última instancia justifican su ejercicio. Además, subrayaban la necesidad de mantener vigente y en plenitud de forma a un instituto político como un instrumento permanente de participación en la vida pública, más allá de la temporal oportunidad de participar en responsabilidades de gobierno.

Sin embargo, y pese a la claridad de estas visiones, en el ascenso al poder se ha extraviado la ruta. El partido se ha desdibujado en el ejercicio del poder. Las grandes responsabilidades que ha tenido que asumir, en cierto sentido, lo han dislocado. Los años recientes dan cuenta de la dificultad con la que procesa su condición de partido en el gobierno y de los conflictos que experimenta para afirmarse como aliado del gobierno pero distinto de él. Ahora afronta el enorme reto que representa

la próxima elección con indefiniciones respecto a las cuestiones fundamentales arriba planteadas.

Ante la posibilidad de un fracaso electoral con las consecuencias que éste tendría para la sociedad mexicana, el PAN no podría eludir la parte de responsabilidad que le correspondería ante un eventual regreso del PRI al gobierno federal. No porque la alternancia no sea un valor estimado en la normalidad democrática, sino por el temor fundado de que este regreso no sea sino la restauración de un régimen autoritario que llevó tanto tiempo echar fuera en 2000 y que volvería con rostro nuevo pero con su misma esencia antidemocrática. Más allá del costo político que tendría que pagar el partido —y que en todo caso es asunto exclusivo de los panistas— estaría el enorme costo con cargo a la sociedad mexicana.